

Entrevista con Jean Malaurie

El destacado geógrafo polar y singular antropólogo francés nació en Maguncia, en 1922; allí trabajaba como profesor su padre, que era amigo de Jules Romains. La familia regresa a Francia, desde esa Mainz renana, al anticiparse la retirada de tropas de ocupación, en 1930. Cuando muere su padre –universitario estricto cuyo interés por la historia le transmitió indirectamente–, Malaurie tiene 16 años y está acabando sus estudios en el instituto Condorcet de París. Pierde a su madre en 1943, estando ya en la Escuela Normal Superior en París. Después de 1945, y tras participar en la Resistencia, se matricula en Geografía y Ciencias Sociales. Luego, dedica bastantes años a escribir su tesis de geomorfología y la complementaria en etnohistoria.

Pues en las primaveras y veranos de 1948 y 1949, había participado en dos misiones geomorfológicas, dirigidas por Paul-Émile Victor, en Groenlandia, por entonces mera colonia danesa. En los inviernos fue al desierto con los Tuareg; y allí, en el Sáhara, le notificaron que el CNRS le becaba para realizar una misión geográfica en Thule. Era base fundada en 1910 por Rasmussen y cuyo nombre corresponde a una isla mítica griega, al Norte extremo. Vive decisivamente con los esquimales polares –los inuit– entre 1950-1951. Regresa en octubre, tras haber estado catorce meses en Groenlandia; y estudia en el Instituto de demografía parisino. Describió su experiencia con este pueblo en *Les derniers rois de Thulé*, de 1955, un libro capital de «antropogeografía» que parte de descripciones personales, dibujos y fotografías, y da datos y cifras elocuentes para reflexionar originalmente sobre esa cultura oral. Esa obra –dedicada a Rasmussen– será traducida a más de veinte lenguas. Repitió el viaje en 1954 (se había casado en 1951). El gobierno de Dinamarca le nombró consultante; todavía en 1967 y 1969 comprobará los abusos y peligros de esa invasión oculta. Seguirían otras obras y nueve películas sobre el ártico, al que viajará de continuo, llevando a cabo 31 expediciones científicas.

Desde la perspectiva institucional, en 1957 fue nombrado director de investigaciones de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (EHESS) de París y fundó allí un *Centre d'Études Artiques*, que todavía encabeza. Desde entonces se diversificó su presencia como asesor polar: en Canadá, luego en Alaska. Y, tras el apoyo de Gorbachov y los mandatarios rusos, visita Siberia, funda la Academia Polar de San Petersburgo que mantiene una escuela de formación de dirigentes de los inuit; es su presidente vitalicio hoy. En el actual período 2007-2008, preside los encuentros del importante *Año Polar Internacional*. Dos gruesos tomos, *Hummocks*, recopilan su indagación esquimal en todos los planos y países posibles.

Pero además Malaurie es un gran escritor, lector y editor. En 1955, fundó la colección de monografías singulares *Terre humaine. Civilisations et sociétés*.

Collection d'études et de témoignages, cuyo valor intuyó un año antes y que logró atraer a la editorial Plon. Tras dirigirla durante 50 años con un criterio restrictivo –dos libros al año–, ha logrado un fenómeno único en el mundo, con su mirada plural: geografía humana, antropología e historia se entrecruzan en su nómina. Este trabajo, que inició con Lévi-Strauss, ha continuado hasta hoy con nuevos impulsos y con reediciones ampliadas. Así desde 1962, en la colección 10/18, aparecieron volúmenes de bolsillo selectos; y esta idea divulgadora la retomó en 1982 con Presse Pocket, que incluye hoy más de cuarenta títulos. Además ideó iniciativas paralelas, como el *Bulletin Terre humaine* (9 números, 1978-1985), o la colección *Terre humaine. Courants de pensée* (5 volúmenes, 1987-1998).

¿Qué puede decirnos de sus años en Alemania?

Aunque francés, he nacido a las orillas del Rin, en Maguncia. Allí viví siete años, en la ciudad de Gutenberg, una infancia bilingüe, pues mi segunda lengua es el alemán. Mi padre, historiador, estaba destinado allí a consecuencia de la Primera Guerra, en una misión universitaria, en la que participó Lucien Febvre. Se buscaba el entendimiento entre Francia y una posible república renana que frenase a la gran Alemania... En mi casa natal han instalado una placa con mi nombre, celebrándome como profesor y explorador, y va a aparecer en Alemania un libro que se titula *L'enfant de Mayence*. Fui recibido por el municipio con honores; estaba el embajador francés con un mensaje de Chirac, porque es raro ese gesto alemán. Les conté que había atravesado a pie el Rin helado en 1929, de la mano de mi padre. Como tantas veces, luego, cruzaría grandes zonas de la banquisa polar.

En 1943, los alemanes quisieron encuadrarle en el trabajo obligatorio de Vichy, así que usted entró en la clandestinidad e interrumpió su formación. ¿Qué le supuso?

Sí, el hombre que tienen delante tiene una edad avanzada y ha vivido una larga vida. Vi cómo fuimos derrotados en ocho días en 1940; y Francia no dejará nunca de estar en duelo por esta capitulación. El ejército alemán nos venció por astucia... Pero he resistido contra la ocupación, y resistir es un ideal de la virtud cívica. Durante la Guerra Mundial, participé en la Resistencia, dada la incomprensible situación de mi país. Espero no haber matado a muchos alemanes; hice lo que pude, menos colaborar con ellos; no los detesto pero sí al nazismo, la peor perversión... Ningún país es más que otro, ni se puede intentar por la fuerza la «felicidad» de un pueblo, como ha sucedido ahora en Irak. A los veinte años comprendí que las ideologías son peligrosas, como lo son las teorías, y que uno debe construir su pensamiento por sí mismo.

Pero está influido por esa cultura.

Estoy marcado por la cultura alemana, por su música, por la música coral de Bach. Maguncia es una ciudad católica. Su catedral, muy importante, representó la catolicidad contra Lutero. Junto a la catedral hay una iglesia a la que iban mis padres y yo mismo, San Esteban, demolida por los bombardeos americanos. Un cura, hombre inteligente, escribió a Marc Chagall, en 1973, para que le ayudase en la reconstrucción. Pese a su escaso afecto por los alemanes, pasó sus diez años finales trabajando en esas vidrieras extraordinarias. Para mí es un Chagall desconocido, un Chagall preadánico, panteísta, diría casi que animista. Encuentro allí una sensibilidad casi inuit. Paul Klee dijo, según creo, que vivía con su pintura... Si mis lecturas de Goethe, Hölderlin, Grimm o Heine fueron muy importantes, sobre todo estoy marcado por los místicos: Böhme, Meister Eckhart y Franz von Baader, algo más joven que Goethe. Todos estos alemanes eran naturistas, y tuvieron una relación difícil con Dios.

Pero usted ha hablado de otras lecturas, inglesas o clásicas. Su madre era escocesa, y al parecer, los descubrimientos en el Norte de los escoceses le impulsaron también.

De mis lecturas iniciales en la tercera lengua –también fundamental claro–, destacaría a Katherine Mansfield, australiana, y el *Moby Dick* de Melville que suelo releer a menudo para reconocermé. También me acuerdo mucho de *La estepa* de Chejov, con ese niño que viaja por espacios abiertos y todo lo mira siempre: me acercó muy pronto a lugares extraterritoriales, lo mismo que esos otros dos escritores o Selma Lagerlöf. Pero como me entusiasma la historia vista a través de los hombres –eso es, en suma, «Tierra Humana»–, las *Vidas paralelas* de Plutarco me influyeron especialmente, como a Rousseau.

Al defensor de lo natural Rousseau, como a Lévi-Strauss, su amigo y colaborador.

Me entusiasmaba la filosofía; estaba apegado a Spinoza, Pascal o Kant, pero sobre todo me interesaba la libertad. Por ese motivo dejé Occidente y me fui a vivir entre los esquimales. Allí estaría solo, aislado, ante mis problemas; siempre he aspirado a la soledad desde mi infancia ('Keep yourself!', me decía a menudo mi madre), y elegí una inmersión solitaria en esas poblaciones, que me permitía errar, fantasear. Creo que Occidente ya no tiene grandes cosas que decir; ha perdido el aliento, carece de ideas; se limita a vender y a vigilar la economía: somos la primera civilización que carece de referencias sagradas, como ya señalaba Malraux.

En mi relación con los inuit de Groenlandia, comprobé que los esquimales polares eran un pueblo preadánico. Viví feliz con gente que no tenía la conciencia del Mal. Estuve con gente inocente, situada antes de la caída. He vivido en un

Edén con ellos, y eran los más pobres de la tierra. Están ahora asumiendo una especie de neocristianismo chamánico, eso que ha llegado finalmente para suprimir el chamanismo original. Experimenté algo parecido a lo que los españoles sintieron siglos atrás en América Central, junto a los dominicos y jesuitas: la confrontación entre un pensamiento profundo, subterráneo, y lo que les aportábamos.

Esos inuit no estaban sin duda preocupados por la teología de Tomás de Aquino, ni les interesan cuestiones como la Trinidad, la virginidad, etc. Eso son problemas de los blancos, de los hombres del Libro. Les interesaba la naturaleza, el animismo. En «Tierra Humana» he publicado *Hummocks*, que resume esa idea de fuerza del universo. Si hubieran estado conmigo en las regiones árticas, junto al hielo, los perros, el trineo –mientras la noche construye una catedral abierta sobre las estrellas, en una soledad que respira con el mar y con la banquisa–, tendrían una experiencia del cosmos, sentirían la omnipresencia de lo que los esquimales denominan *potencia*. Ellos no creen que haya que dominar la naturaleza sino que hay que integrarse en ella. No hay que violentarla: son ecologistas en el sentido pleno de la palabra. Su chamanismo no es más que un esfuerzo extraordinario por entender la naturaleza.

Vivir en una sociedad panteísta, ha dicho, es un extraordinario privilegio. ¿Qué aspectos de su comunicación destacarían ante un mundo de silencio y de gestos?

Se me ocurre decirles que los esquimales desprecian los magnetófonos cuando se les graba... Se expresan más por la sensibilidad que por las palabras. No les gustan demasiado las palabras. Son casi prelingüísticos. Entienden por los ojos, por los gestos, por el aliento, por los comportamientos y, esencialmente, por la música. Y la música es la única lengua que les permite comunicarse con la muerte. Para estudiarlos hay que vivir con ellos para observarlo y anotarlo todo, entre otras cosas su trato con los muertos. La música y la danza, que se practican con motivo de las grandes reuniones chamánicas, están muy codificadas.

No se puede entender a los pueblos indios ni a los pueblos esquimales sin comprender que son muy sensoriales. Tienen *neuronas* preparadas para comprender esa potencia de la naturaleza. La antropología no nos ayuda a comprender ese mundo profundo que ocupa otro orden, es como si intentase comprender sin más a Teresa de Ávila, cuando su mística, su levitación se hallan en otro plano. Estamos en el campo de la preciencia. Junto con otros pocos especialistas, tengo la convicción de que los pueblos primeros, como los prehistóricos, son capaces de establecer ciertas relaciones matemáticas intuitivas, no formales, pero precisas y rigurosas. En *El arte en el Gran Norte*, estudié puntos, líneas paralelas, elipses o semielipses, esferas o triángulos que aparecen en sus tatuajes y constituyen una lengua cuya genealogía desconocemos, son jeroglíficos que no sabemos interpretar. Pero los tatuajes reproducen una percepción de la naturaleza. Los esquimales

leen el lenguaje de las piedras, ya sean los signos de las piedras sedimentarias, de formas cristalizadas o de micas, al igual que leen los arabescos del líquen. O, más que leerlos, los perciben, y así construyen un imaginario mental que en el curso de varias generaciones se transforma en un código matemático, no descifrado. Los organizan en verdaderos saberes.

Lo dice un hombre de ciencia.

Me fui primero al desierto a estudiar, como naturalista que soy. Luego, durante catorce años he analizado geosistemas, ecosistemas, aspectos de la geología del Norte extremo. Por primera vez he estudiado ciertos desprendimientos, esas masas de piedra que están al pie de los acantilados. Al analizar los cambios de temperatura en las piedras descubría que representaban un ecosistema. Estaba en regiones precámbricas, y las piedras que caen del acantilado adquieren un equilibrio entre su forma, su dimensión y las fuerzas que recibe; percibí el equilibrio entre la resistencia mecánica de la piedra y las fuerzas que inciden sobre ella, como la nieve o la lluvia: un equilibrio medido a la escala de millones de años.

Pero no me gustan las ciencias exactas y experimentales, las ciencias duras, aunque naturalmente sea un científico. La arrogancia de los físicos me da miedo porque no va acompañada de la sabiduría de la filosofía. Cuando Marie Curie descubrió el átomo quizá podría haber reflexionado sobre las consecuencias de una bomba atómica. Mi suegro, Marcel Laporte –un gran físico que pudo recibir el premio Nobel–, descubrió el flash electrónico y la luz blanca. Fue el asistente de Marie Curie, en cuyas rodillas estuvo mi mujer, así que conozco bien ese medio. En el dominio de las ciencias de la naturaleza hay que ser muy humilde. Sabemos poco; lo que conocemos por las ciencias duras es escaso. Solo conocemos «las experiencias que funcionan», pero hay mucho más. La verdad científica debe probarse por la experiencia, pero hay otro orden que corresponde al mundo recóndito. Es un orden más complejo y misterioso; tanto más cuanto más nos aproximamos a él. Las grandes leyes de la naturaleza son matemáticas, decía Newton. La ley de la naturaleza es la piedra, el mar, el aire, el cosmos. Y tengo inclinación por lo que llamamos *precientífico*. Respeto la ciencia, sin duda, pero entiendo que hay un arcano en la totalidad de la naturaleza. Se han estudiado fenómenos de la naturaleza, pero la naturaleza en sí continúa escondida.

Su primer viaje está narrado en Los últimos reyes de Thule. En 1951 recorre 1.500 Km junto a dos parejas de inuit durante dos meses con 45 grados bajo cero, para hacer un mapa geomorfológico de la región.

No fui allí guiado por la ambición de ser el primero, sino con la intención de trazar el mapa de esa región. Supone unos 300 Km de costa, y lo hice a escala de 1:100.000 (que lo publicaron a 1:200.000); asigné diez nombres franceses a la topografía que posteriormente el gobierno danés aceptó: hay un fiordo de París

(les prometo que, en su honor, habrá uno de Madrid) y, lógicamente, muchos nombres esquimales. Pero sí, soy el primer explorador europeo que llegó al Polo Norte geomagnético. Hay tres polos: el geográfico, el del eje en torno al cual rota la Tierra; el magnético, el que marca la brújula, por el que se interesaron los ingleses (fue descubierto en 1840 por James Clark Ross, y lo he explorado). Pero el geomagnético es el punto más cercano al Norte del campo magnético, donde la aguja imantada gira en redondo, es el centro de la corriente eléctrica telúrica y provoca circulaciones de carga sobre la superficie y más allá de ésta; se desplaza lentamente hacia el Noroeste. No le interesaba a nadie, antes de 1945, pero lo había definido un físico de talla: Gauss. Actualmente está situado en un lugar que por falta de caza no está habitado por los esquimales, y como los exploradores iban por el mar, no había tenido predecesores.

Un gran explorador americano que pasó por esa región en 1895, Robert Edwin Peary, pretendió ser el primero en llegar al geográfico, el 6 de abril de 1909, pero nunca lo alcanzó. Se quedó a 50 kilómetros. Lo he contado en *Última Thulé*, traducido al inglés, al alemán y al danés: es la historia del noroeste de Groenlandia desde el descubrimiento de los inuit, realizado por el capitán John Ross, mi predecesor; y también un retrato bastante dramático sobre lo que se ha escrito sobre ellos o sobre lo no escrito. La historia polar del Ártico, es la historia brutal de los exploradores que, aun siendo ignorantes y vanidosos, se ven inspirados por una fuerza extraordinaria, acaso la misma fuerza que inspira el místico Polo. Así que las expediciones también fueron «religiosas», aunque de una crueldad tal que uno de los jefes de la expedición acabó cortando con un cuchillo los pies de sus enemigos en el curso de una secesión del grupo. El libro se refiere también al primer encuentro de los inuit con el hombre blanco, dotado de un espíritu dominador sobre el mundo en general, y no tanto sobre los esquimales, que no despertaban su interés. Ahí he recogido todas las exploraciones, hechas por individuos grandes y fuertes pero con aspectos ocultos que he tratado de desenmascarar. Recuerden la experiencia española en América del Sur o la de Francia en África; y quiero que tengan presente hoy, en esta entrevista, esa tragedia. Cuando yo llegué al Ártico contaba con un gran predecesor, Knud Rasmussen, al que admiro profundamente (los esquimales dicen que nos parecemos, a su edad claro está).

Su mirada «cartográfica» cobrará un carácter antropológico al vivir con los inuit, hombres ejemplares, dijo una vez, que le han obligado a ahondar en su identidad.

Hice mi trabajo geomorfológico por disciplina y por una estrategia de espíritu; realmente me interesaban no las piedras sino los esquimales, mis compañeros. Mi experiencia no fue muy normal; cuando llegué a Thule no tenía víveres, ni equipo, ni brújula, ni mapa (de hecho lo dibujé yo). Solo estaban ellos allí. Y no

había ido a estudiarlos directamente sino a estudiar las piedras. En esto radicaba mi fuerza. Mientras las analizaba y levantaba mapas, los esquimales me observaban. Por cierto, es muy difícil dibujar un mapa a cuarenta grados bajo cero: hay que vivir con los perros, comer focas, refugiarse en un iglú. Los esquimales, además, son gente difícil, violenta, y yo estaba sin otra compañía. Así que también hablaba a la naturaleza y lo hacía tanto más en la medida que tenía que dibujar mapas sobre el terreno. Para mí ver el alba allí fue una experiencia fundamental, que me atrapó y que hube de repetir siempre. Luego está mi necesidad de anotar constantemente, de escribir, trazar líneas, dibujar; como he escrito una vez, hay que hacer *etnografía, sociografía, psicografía...*

A menudo se ha referido a la hipersensorialidad inuit que late en su vida y en su lógica social. Ha mostrado incluso cómo su ritmo corporal depende de las estaciones. ¿Cuál es su experiencia con esas sensaciones corporales?

A través del calzado de los esquimales, que usan una suerte de mocasines especiales, uno siente la banquisa, la piedra, todo. Entran en relación directa con la naturaleza, en una simbiosis. El tacto es la primera relación con ella. La segunda es el ojo, la mirada, el espacio. La tercera es el oído. Son hombres hiperacústicos, con una visión nocturna increíble, pues viven una noche total que dura tres meses. Respetan el silencio de la naturaleza, no silban, no remueven las piedras fortuitamente... Y yo estudiaba a los esquimales subrepticamente. Tenía que conocer dónde vivían para poder entrar en su orden, pegado al orden natural. Trazando los mapas vivía en su compañía; de este modo el corazón hablaba poco a poco. Cuando se está con pueblos extranjeros la gran cuestión es si hay o no amistad. Si no la hay no hay nada que hacer y van a mentir en sus comentarios o respuestas.

Los esquimales agradecían que no les interrogara. Vivíamos juntos y debía hacerlo con gran precaución para que no se enfadaran. Para vivir en su compañía hay que ser muy duro, como ellos lo son, y desenvolverse bien solo, con los perros, la carga, el trineo. Pero yo no estaba allí para hacer proezas, sino para estudiar las piedras y cartografiar. Y lo que sucedió poco a poco es que esos hombres me hablaron con el lenguaje de la piedra, sí. De este modo se dirigieron a mí, desde otro plano, conduciéndome de la piedra al hombre como un hombre natural que siente antes de pensar. Los esquimales no piensan como nosotros sino que arrancan de la sensibilidad. Su lengua se vuelve también antro-po-geográfica, y nos habla con el viento, con la piedra, con el cosmos.

Me gusta una antropología reflexiva en la que el autor muestre al detalle las dificultades de comunicación e incluso sus dificultades mismas de ser. Pues bien, el esquimal no soporta al hombre que no sigue las reglas del grupo. Yo mismo debía someterme a las normas para convivir con ellos. A veces debía ser extremadamente cuidadoso en el trato con las mujeres. Son muy celosos, y las mujeres

eran amigas mías. Pese a su lugar aparentemente subordinado éstas dominaban en muchos aspectos sociales... Y hoy, en el Ártico actual, los grandes líderes son mujeres. En la Academia Polar, unos tres cuartos son alumnas.

¿Cómo ve el acercamiento antropológico en general?

La antropología occidental ha sido una antropología colonial, la de alguien que se cree superior, y más por naturaleza que por cultura: por ser blancos. Nuestro sistema europeo de avance consistió en explotar África, por ejemplo, o América del Sur. Fue el imperialismo. ¿Cómo un esquimal pudo tener confianza en ese tipo de hombres? Era imposible. Sucede que los antropólogos empiezan a hacer preguntas y preguntas, muchas de ellas sobre las familias, porque la antropología está obsesionada con el parentesco. Este tipo de interrogantes, en un medio donde sobrevivir es difícil, resultan absurdas; o bien la persona va a enmascararse y a dar respuestas que no hay modo de verificar. La antropología no habla del intérprete, pero el intérprete es el hombre oculto de la antropología en general. Pues toda interpretación es una traducción y, por lo tanto, una traición. No puedo verificar la fiabilidad de mi intérprete, que va a permanecer con los suyos cuando yo me vaya... A lo que se añade que las personas nunca quedan contentas tras haber sido desenmascaradas.

Admira a Focillon o a Bachelard, pero también a historiadores y otros estudiosos de las ciencias humanas.

Sin duda alguna los admiro, también a Caillois. Además, Fernand Braudel fue mi amigo y maestro, como lo fue Lucien Febvre. Pertenezco a la Escuela de los Anales, y me considero uno de sus fundadores. Dicha escuela defiende una comprensión interdisciplinar. Hay que estudiar al hombre en su espacio, de lo que se encarga la Geografía, y en el tiempo, lo que corresponde a la Historia. También el estructuralismo es una indagación apasionante sobre semiología o los mitos; pero no es mi aproximación, porque se dedica de antemano a la traducción de textos, al estudio de las palabras desde un punto de vista metalingüístico; como se hace, por ejemplo, en teología ante el problema de la Trinidad. En mi caso, siguiendo un deconstruccionismo paralelo al de mi amigo Derrida, tengo que saber lo que *verdaderamente* han dicho los esquimales; y eso nunca ha sido *realmente dicho*. Hablo de pueblos primeros, como los inuit y los siberianos. Las palabras, en sus lenguajes, traicionan más.

Durante la primera expedición descubrió una base nuclear secreta del ejército de los Estados Unidos, que denuncia en Los últimos reyes de Thule.

Estaba preocupado por la base americana que encontré en tierras inuit; llegaron a tener diez mil soldados, que los trescientos esquimales polares por supues-

to no habían autorizado. Tras catorce meses sin ver a un blanco y de comunicarme solo con los esquimales, me encuentro con aquella enorme base que nadie conocía. Quería denunciarlo. El general que me recibió me preguntó qué hacía un francés en el territorio secreto de la base. A mi vez le pregunté que quién le autorizaba a estar en territorio inuit... ¿Quién iba a defenderlos si yo no lo hacía? Había vivido muchos meses completamente aislado con ellos; les debía casi todo. Hay algo shakesperiano en esto: el único blanco que había allí es el que descubre a los blancos de la base... Nunca reconocí la base de Thule, donde además hubo un accidente atómico. Una base, inicialmente secreta, que es indispensable para su guerra en Irak.

Su trayectoria como asesor ha sido continua desde entonces.

Fui consejero del gobierno canadiense para el problema esquimal en 1963. Su situación era mala; había seis mil esquimales dispersos y hambrientos en el Norte de Canadá, y ocupaban el 40% del territorio. ¿Qué se podía hacer para evitar su muerte? Allí solo había algunos misioneros para evangelizarlos y una compañía que intercambiaba alimentos por pieles. La actitud era simplemente de espera, pero se temía que aquella población terminaría por desaparecer o por transformarse de raíz. Llegué cuando el grupo más arcaico del Ártico estaba exhausto. Vivían en el estuario de un río, el Back River, del Ártico central. No querían ni estar con los blancos ni hacer trueques económicos, querían simplemente permanecer en su medio, en esa naturaleza de leyes desconocidas en cuya intimidad habitaban. El problema es que no había caza; de los tres millones de caribúes que había en los años treinta quedaban trescientos mil. Se desconocía la causa de su desaparición.

Los pueblos que debía estudiar, los *Utkunhikhalingmiut*, son pueblos del continente. Hay esquimales del continente y del mar, simplificando. Habría unos cien mil esquimales cuando yo los estudiaba. Mil seiscientos en Siberia, treinta mil en Alaska unos veinte mil en Canadá (depende del periodo), y cincuenta mil en Groenlandia. Todo dividido en grupos lingüísticos diferentes. Hay dos lenguas principales: la *inupik* –que es la que yo hablo–, propia de Groenlandia, Canadá, Norte de Alaska; y la *yupik*, al Sur de Alaska y Siberia. Hace dos mil años hubo un corte entre estas dos lenguas, por supuesto llenas de dialectos.

¿Cómo respondieron?

Los pueblos del continente detestan el mar, por lo que no cazan las focas ni las ballenas. Viven del zorro, del reno y del caribú. Tienen tabúes alimentarios que no transgreden ni bajo un hambre letal; esos son los más fuertes de todos los tabúes. Así que los esquimales canadienses estaban a punto de morir porque la emigración estacional de caribúes no se producía. El objetivo de mi misión está reco-

gido en *Hummocks 2* (que me gustaría ver traducido al español). Eran veinticinco esquimales repartidos en cinco familias. Fui el segundo blanco en visitarles. El primero fue Rasmussen, que estuvo seis días con ellos. Me acompañaba un policía, pues se pensaba que eran muy salvajes, y un intérprete, pues no conocía la lengua de ese pueblo. Me presenté como enviado del Gran Gobierno para hacerles ver que muchos habían muerto y que podía facilitarles el acceso a provisiones. Me ofrecí a vivir con ellos un tiempo. Y lo hice en un iglú con dos familias. Inicié una encuesta sobre sus condiciones de vida mientras vivía en su compañía y dormía sobre el hielo en un ambiente que, gracias al calor humano, era de cinco grados bajo cero, una buena temperatura: fuera hacía cuarenta bajo cero. Comían pescado crudo y congelado cada cuatro horas. Hice como ellos y así gané puntos. Uno de sus hijos se llamaba como uno de mis nietos, pues mi hijo, que es actualmente director del *Nouvel Observateur*, tiene tres hijos a los que ha puesto nombres esquimales.

Ahora bien, su respuesta de entrada fue más o menos así: «Tú, pequeño blanco, que vienes de lugares tan lejanos para hacernos preguntas tan mediocres, no entiendes nada; no es el alimento lo importante sino la muerte, los espíritus de la muerte. Los espíritus de nuestros antepasados están aquí y no queremos dejar este país. Lo importante es la visión vertical de la vida, no la horizontal. Además, somos cristianos desde hace mucho tiempo –afirmaron ante mi asombro–, amamos a Jesús. Y tú eres malo, eres blanco y rico. Nosotros leemos en la Biblia un elogio a los pobres de espíritu y a los que tienen sed de justicia –afortunadamente no les dije que era de origen católico, siendo ellos protestantes–. No te entendemos. Se nos ha dicho que hay que creer en Dios todopoderoso, creador del Cielo y de la Tierra, pero no lo creemos del todo. Hemos leído el *Apocalipsis* y sabemos que el mundo va a desaparecer. Nuestra vida es la de los pobres, la de quienes se van a salvar».

En fin, una parte de mi vida estuvo en Canadá. Fui consejero de su gobierno entre 1960 y 1964, pues en el seno de un acuerdo franco-canadiense había un programa de cooperación para el Norte de la provincia de Québec... Al esquimal no le gustan los hombres que destacan. Tratan de evitar los líderes, deciden en grupo: es así como funcionan. El mayor problema no son las ideas sino los hombres, que obstaculizan el proceso civilizador. Sin embargo, había un mestizo que destacaba, y que me recomendaron visitar. Era inteligente, detestaba a los blancos, sabía que nuestra misión no dejaba de ser colonialista aunque quisiera ayudarlos. Se llama Charlie Watt. Conseguí convencerle, llevándole a cazar y pescar, y le prometí ayudarles. Hoy es el único senador esquimal. Es quien ha escrito el prefacio de *Hummocks* en inglés.

¿Y su trabajo en Alaska?

Estuve en Alaska con Jimmy Carter y sus colaboradores. Allí el principal problema era la existencia del petróleo, la propiedad del petróleo. La desgracia de

aquel pueblo es que se iba a volver rico, como los iraquíes, a los que ahora liberan causando más de cien mil muertos, una forma extraordinaria de liberación. La presencia del blanco en la sociedad esquimal es violenta: rompe su modo de vida. Los esquimales me pidieron ayuda. Había un abogado en Washington, Arthur Goldberg, que me dijo que había una cosa que hacer para los treinta mil esquimales que había en Alaska, y era organizar un congreso mundial. Lo organicé en 1969 y ha sido uno de los acontecimientos más importantes de mi vida. Trabajé con René Cassin, el jurista compañero de Charles de Gaulle que redactó la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Por cierto, me comentó que estaba mal escrita, pues se trataba en realidad de los *derechos de los pueblos*. Así organizamos el primer congreso internacional de todos los esquimales. Hacía diez mil años que no se habían encontrado entre ellos, y se sumaron las autoridades americanas, danesas, canadienses y rusas.

En 1971 se aprobó un gran acuerdo para crear un sistema corporativo con capital americano. Ha hecho cosas positivas y negativas, pues aceptan la propiedad de su subsuelo; y cuarenta millones de acres quedaban temporalmente libres de impuestos, pero después podrían ser comprados y es muy peligroso. Las sociedades bien organizadas, como la de los navajos, sacaron buen fruto de ello, pero no las sociedades pobres y peor preparadas. Era un criterio neocolonialista, muy propio del darwinismo social: los fuertes triunfan y los débiles caen bajo la fuerza del dólar. Hice lo que pude, pero ya se sabe que los consejeros no son los que dirigen y que el dinero lo corrompe todo.

Luego está su experiencia fundamental en Siberia.

Los esquimales nacieron al noroeste de Siberia. Hace treinta años, el gobierno soviético no me permitió ir a Siberia del Norte. Estaba prohibido, aunque tuviese relaciones con la Academia de las Ciencias de la URSS desde 1957. Moscú es para mí la tercera Roma, después de la original y de Bizancio. Pero los rusos habían querido ir más lejos en la justicia científica: el socialismo soviético, el comunismo. En 1988, en cambio, el gobierno de Gorbachov me autorizó a visitar esa región; y dirigí la expedición por indicación suya. Elegí a mis camaradas soviéticos uno a uno. Fue la primera misión internacional desde la Revolución de Octubre; la segunda desde Catalina de Rusia. Tenía que hacer un estudio sobre la política soviética con las minorías árticas. Las minorías son la gran debilidad de los rusos; y la Unión Soviética era una federación de repúblicas autonómicas que podían separarse, al menos teóricamente. Cada pueblo tenía el derecho de hablar su lengua. Esta era la idea general; luego estaba el Partido que tenía una idea única, la marxista-leninista. A mí no me interesaba la política, sino los inuit y, en general, el porvenir de la humanidad.

Al regresar, me propusieron hablar ante la Escuela del Partido. Lo primero que les dije es que Lenin quizá se había equivocado; de inmediato sentí la gla-

ciación del ambiente, aunque estábamos en 1990. Y añadí: la ciencia no puede demostrar muchas cosas, pero hay que aceptar el pensamiento de esos pueblos del Norte, no hacerlo es un primer error. Para comprender mejor la zona, había solicitado que se creara una escuela soviética para esquimales, similar a la del Canadá; había empezado y vi como funcionaba: pues bien, el profesor no hablaba su lengua: ese es el segundo error, les comenté, me parece imprescindible hablar la lengua autóctona. No me aplaudieron, pero quince días más tarde me nombraron jefe de la escuela de cuadros para los pueblos del Norte. Estábamos en plena *perestroika*. Lo acepté en 1991. La miseria era espantosa; hice lo que pude y Mitterrand me ayudó. En 1994 se convirtió en una Academia Polar, privada. Había doscientos alumnos internos para formar cuadros, pues no existían antes. En 1998 se convirtió en Academia Polar del Estado de la enseñanza superior rusa, es decir, un organismo oficial, y me nombraron Presidente de Honor vitalicio. Había ya mil seiscientos alumnos. Preparábamos solo administradores... la lengua francesa era la primera lengua extranjera obligatoria, lo que por cierto ayudaba a la propia lengua francesa que estaba en peligro de retraerse en el mundo.

¿Y el Año Polar Internacional, iniciado en 2007?

Ahora queremos ir más lejos, y con motivo del Año Polar, decidimos crear un Instituto de Ciencias avanzadas; los rusos le han puesto mi nombre. Quise hacer allí como en *Terre humaine*, elegir escritores autóctonos. Elegí a Serguei Pavlov, de veintitrés años, un abogado y le envié a un buen bufete francés; a otro le envié con banqueros... Pero la situación es pésima en este Año Polar; el recalentamiento es ya una realidad. Es una certeza, eso sí, debatible. Un geofísico comprende la complejidad del problema, y el asunto ha sido estudiado por un profesor serbio; le conocí a través de mi maestro Emmanuel de Martonne, el geógrafo francés muerto en 1955, que fue profesor también de Julien Gracq. Consideraba que había ciclos solares, así que los recalentamientos son complejos. Quizá estemos en una era complicada de la gravitación poco estudiada. Y no solo tenemos el problema del ozono y el solar, es que hay interacciones entre el Sol, el hielo, el agua y las piedras que apenas conocemos... Pero el agua polar se está fundiendo muy rápidamente y el glaciar de Groenlandia retrocede a gran velocidad, lo cual vuelve el agua dulce. Esto puede influir decisivamente sobre la Corriente del Golfo, que llega hasta los sesenta y nueve grados de latitud, y que puede inducir un enfriamiento de Europa. Hay dispares interpretaciones y una evidéntísima perturbación.

¿Qué supone su nombramiento por el director general de la UNESCO?

Me han nombrado embajador de la UNESCO para las regiones árticas (el 18 de julio recojo el título). He de encontrarme con especialistas en oceanografía, en cambios climáticos y, sobre todo, en la defensa de los pueblos. Es cierto que el

recalentamiento se ha acelerado, y que la polución afecta ya a la fauna del ártico; pero también lo es que los esquimales creen en su futuro. Su población se ha multiplicado y buena parte de sus territorios son muy ricos en gas y en petróleo, en oro y piedras preciosas. Los inuit no han tenido suerte, el recalentamiento hace más fácil la explotación. Hay grandes minas de diamantes en Canadá, y los blancos van a invadir esos territorios autónomos, pues hay libre circulación de las personas, en busca de su riqueza. Muchos trabajadores que llegan no son canadienses del sur, sino chinos y pakistaníes.

Así que los esquimales es un pueblo que se transforma y construye uno nuevo. Ya no son los inuit que conocí, sino un pueblo del Norte. Hay seiscientos mil alaskianos y pocos esquimales (un 15%; con Carter, eran un 30%). En Siberia hay dos tercios de rusos. La mitad de los alumnos de la Escuela del Ártico son rusos nacidos fuera de Siberia. Se está construyendo un pueblo siberiano enorme que tiene otra mentalidad. Además, el paso del Noroeste va a quedar pronto libre de hielo y habrá un tráfico similar al de Suez. La misma modernización se está dando en Groenlandia, con proyectos como una fábrica de aluminio de tres mil trabajadores... Pero no hablaré como un profesor de geopolítica, sino como ciudadano del mundo. El problema es grave para todos. Estamos ciegos y sordos; caminamos hacia un precipicio, hacia una catástrofe mundial en la cual los esquimales pueden echarnos una mano. Antes los hemos pervertido, hoy debemos convertirlos en nuestros aliados.

Todo remite al sentido de su «Tierra Humana». Se ha acercado con su colección a quienes la vida pone a prueba continuamente o han elegido los combates más difíciles; y por tanto a los más humillados o a los que pueden desaparecer. Ha dicho admirar a quienes tienen carácter, en el plano que sea y por la razón que sea.

Fundé «Tierra humana» en 1955, como respuesta a esa estación atómica; y quería reunir a los que quieren reflexionar sobre el humanismo, adoptando en lo posible una función mayéutica. Logré que la editorial Plon se interesara por el proyecto; un honor, pues había publicado entre otros a Rasmussen o *Los grandes cementerios bajo la luna* de Bernanos, una obra valiente, y en 1961 acogería la *Historia de la locura* de Foucault, quien luego colaboró prologando *Leurs prisons* de Jackson, que edité.

Me atraían las personalidades que se interesaban por las minorías, por los pueblos primeros y en peligro de extinción, de ahí algunas elecciones: *Les Immémoriaux* del gran escritor Segalen; *Soleil hopi*, de Talayesva, que narra la vida de un indio, como Theodora Kroeber en su extraordinario *Ishi*; *Lo exótico es cotidiano* de Condominas, sobre un grupo del Vietnam central; o Clastres y su *Crónica de los indios guayaquis* del Paraguay. Desde el principio, Lévi-Strauss me hizo el regalo de *Tristes trópicos*, para mí su obra más hermosa (y singular,

porque estilo y fotografías no se corresponden); salió al tiempo que *Los últimos reyes de Thule*. Al mostrar su experiencia con pueblos del Amazonas, Lévi-Strauss aparecía como un gran escritor. Y yo atiendo al estilo; quiero que haya una voluntad de escribir.

Como publiqué además a Mead o a Balandier, parecía una colección de antropología; pero me gustaba que fuese nativa, reflexiva, que mirase al futuro. Así el Lacarrière, *L'Été grec. Une Grèce quotidienne de quatre mille ans*; o ciertos libros sociológicos sobre Asia o África. Quería incorporar también literatura al modo de *Carnets d'enquêtes* de Zola, sus notas parisinas, que luego he continuado con *Praga mágica* de Ripellino y el *Victor Hugo* de Prévost; de hecho estoy preparando un *Zola 2*. Barthes no pudo hacerme un libro prometido sobre el paisanaje de Balzac; tampoco pude hacer una recopilación de Bachelard, porque su hija se opuso. Además me he fijado en ciertos oficios (cerrojeros, mineros, pescadores, curas), y he elegido gente de lo más dispar: es como viajar para mí, que es ir a descubrir mundos.

Me aparto de los universitarios, que son conservadores, repetitivos, y prefieren que nada cambie. Prefiero a personas que se ponen en marcha con rebeldía. Está bien desestabilizar al autor. Así que he buscado siempre la dramaturgia de una personalidad situada en un momento dado de su historia. Por eso elijo personalidades fuertes, que puedan decirlo todo, como un colega mío, Jacques Soustelle, con independencia de sus ideas: cuando publicamos *Los cuatro soles* estaba escondido en Suiza y nos escribíamos por precaución sin poner nombres. Quizá el libro más sorprendente, de 1989, fue *Quand Rome condamne* del dominico Leprieur; trata de la actuación doble y brutal del Vaticano contra los curas obreros en 1954, un gran momento de la Iglesia francesa; se hizo, a petición de los dominicos, y sólidamente, con los archivos secretos que hay en Roma sobre distintas órdenes. El libro se agotó, acaso porque lo compró el propio Vaticano. Voy a hacer todo lo posible por sacarlo en bolsillo.

En fin, la colección ha tenido un eco extraordinario. Doce millones de ejemplares, con ochenta títulos apenas rebasados. Algunos se han traducido en todo el mundo: más de veinte veces *Tristes trópicos* y *Los últimos reyes*. Las tiradas son ahora menores, pero se mantienen en cifras altas. Casi la cuarta parte de sus títulos están traducidos, aunque aisladamente, al español, pero las agencias literarias de su país no parecen lograr más, pese a su cercanía con la cultura francesa.

Sí, hay cierto desconocimiento, acaso por nuestras carencias en Antropología. No sé si también pesará el que en su colección no está reflejado nuestro país.

Hay mucho de la América de habla portuguesa, y también de la española. Publiqué el hermoso libro de Galeano, sobre el desangramiento de América lati-

na, o el del mexicano Luis González, pues perdí la ocasión de publicar *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, y también, por cierto, *Los hijos de Sánchez* de Lewis. Pero desde luego me gustaría publicar algo sobre España; es un error no haberlo hecho porque los españoles son una gran civilización y también un pueblo de exploradores, a la vez poderosos y frágiles. España ha vivido la Guerra Civil y el franquismo, es un país dramático que convirtió la guerra en una tragedia... Y es necesario que los españoles estén en el Ártico, que lo esté Madrid. Ya tuvieron un papel importante en Alaska, he encontrado allí un buen número de jesuitas españoles muy activos. En Alaska hay grandes archivos sobre los esquimales que podrían ser una fuente de estudio para los antropólogos españoles sobre la influencia católica, jesuítica, en ellos. Deberían, en todo caso, tener un lugar en las regiones árticas.

¿Cómo conectó con un etnolingüista para su libro sobre los sordomudos aparecido en 2002?

Yves Dellaporte, especialista en la lengua de los signos, me propuso publicar el testimonio de un carpintero sordomudo: «*Moi Armand, né sourd et muet...*». *Au nom de la science, la langue des signes sacrifiée*, apareció con un comentario suyo. Pues en 1880, en un congreso de médicos, cirujanos y psicólogos, se decidió que el lenguaje de los signos perjudicaba el desarrollo cerebral de los sordomudos, y propusieron una operación cerebral en su lugar. ¡Es horrible, en nombre de la ciencia! Los sordomudos tienen un sexto sentido que nosotros no tenemos. Tienen una gran sensibilidad. Durante la guerra los americanos descubrieron que eran capaces de descifrar mejor los códigos secretos japoneses. Como vemos, hay un gran universo desconocido de la sensibilidad.

La AEN ha publicado, de «Tierra Humana», Los naufragos de Declerck; en Francia se lanzaron 80.000 ejemplares. A pesar de su dureza, esta obra hizo de puente entre las ciencias humanas y el público masivo, e hizo valer sobre todo las vidas de personas vencidas.

Me parece un libro extraordinario, un libro límite sobre los humillados. La idea dominante de mi colección es hacer aparecer la parte oscura de la condición humana, esa pequeña parte secreta que hace bascular la vida... Le he propuesto a Declerck, de tanta personalidad, que escriba otro texto, en este caso sobre las prostitutas. Se llamaría *La carne*, y no se trata de un estudio sobre la prostitución habitual sino la de un hotel que se llama «La batalla», donde las pobres jóvenes deben hacer cien pases por día. Es un mundo que no conozco, pero es terrible. ¿Podrá hacerlo? Sería necesario que mostrara el mismo coraje que demostró con los indigentes.

Elogiemos ahora a hombres famosos *ha sido una enseña de su colección. Quizá porque su género es todos los géneros: ni es literatura ni indagación sociológica ni una cadena de retratos o situaciones psicológicas, sino todo a la vez. «Es un libro sólo por necesidad», dice su autor Agee; quiere rescatar huellas de «quienes no han dejado ni un recuerdo, que perecieron como si no hubieran existido, como si no hubiesen nacido nunca; ni sus hijos tampoco». Usted ha dicho que es ejemplo de la fragilidad de quien debe dar cuenta del otro.*

El libro de Agee es muy misterioso. No se había publicado en el extranjero (era de 1936), y la traducción fue difícil. Por primera vez se combinaban a la par la escritura y la fotografía de Evans. Sí, el título, que es una exhortación, simboliza mi «Tierra Humana»; el autor es un vidente lleno de modestia y su comprensión es fulgurante, de una lucidez incomparable, así que cuestiona su derecho a adentrarse en las casas de esos campesinos de Alabama.

¿De los proyectos próximos qué nos podría adelantar?

El año que viene aparecerá en la colección un libro de un gran chamán de la Amazonía. Pero acabo de publicar un libro extraordinario sobre el mundo yiddish, *Les oubliés du shtetl*, es del gran escritor Peretz nacido en 1851, en Polonia. He sentido con él ese espacio extraño que se remonta al siglo XIV; era un ámbito amplio antes poco conocido, estuvo dominado por rabinos autoritarios y tiránicos al inicio, y luego aparecieron los judíos ilustrados y ateos. Se desarrolla cuando comienza el movimiento obrero, la idea marxista. Su patria era la lengua yiddish, *Yiddishland*; y desgraciadamente ese pueblo fue masacrado, tras ser perseguido por los bolcheviques, debido a su gusto por la independencia. Me gusta *Les oubliés du shtetl* porque demuestra que la clave de un pueblo es la inteligencia, y la inteligencia es la cultura; la fuerza de los judíos no reside en la sinagoga sino en la biblioteca (desgraciadamente los pueblos con literatura oral no leen).

En «Tierra Humana» se han publicado varios libros sobre quienes padecieron la Shoah: *Olam. Dans le shtetl d'Europe centrale* de Zborowski y Herzog, de ese mismo ámbito; *La flamme du Shabbath* de Erlich, sobre sus costumbres; y *Du fond de l'abîme* de Seidmann, sobre el gueto de Varsovia. A ello se suma *Sachso* un libro colectivo y sin duda extraordinario sobre el campo de Oranienburg en Berlín; apareció en 1982, mucho antes de que se difundieran otros testimonios. Los deportados nos enseñan que un hombre sólo sabe lo que es al final de tales pruebas.

¿Y el futuro de la colección?

Quieren publicar toda «Tierra humana» en bolsillo. Me gustaría constituir una especie de Pléiade definitiva, acaso temática, para que los libros no se pierdan. Esta es mi última tarea. Luego estaré en una nube, en cualquier parte, y desde

allí contemplaré a los inuit que, en cualquier región del Norte de Groenlandia, habrán formado una burbuja ecológica. Allí, en pueblos pequeños, acompañados de todos los adelantos científicos y participando del pensamiento filosófico, seguirán sin embargo cazando y pescando. Con los nuevos avances, sí, pero viviendo como siempre. Creo que los pueblos primeros son los pueblos del porvenir.

F. Colina y M. Jalón

BIBLIOGRAFÍA

Sus grandes trabajos académicos son: *Le Hoggar. Journal d'une exploration dans le massif de l'Ahaggar et avec les Touareg*, París, Nathan, 1954; *Thèmes de recherche géomorphologique dans le nord-ouest de Groenlande*, París, CNRS, 1968. Luego han de citarse los trabajos antropológicos: *Les derniers rois de Thulé*, París, Plon, 1955; *Ultima Thulé*, París, La Chêne, 2000, sobre su destino inicial. Y con los restantes viajes: *Hummocks*, 1 y 2, París, Plon, 1999; *L'Appel du Nord*, París, La Matinière, 2001; *L'Alleé des baleines*, París, Mil et Une Nuits, 2003; *Ot Kamenia k Tcheloveki*, S. Petersburgo, Academia Polar, 2003 (*De la piedra al hombre*); *Louons maintenant les grands hommes*, París, BNF, 2005, larga entrevista con motivo de la exposición de ese año.

Pues en 1995 se preparó, en la Biblioteca del Museo Nacional de Historia Natural, un *Hommage à Jean Malaurie*. Y en 2005 el Estado le hizo otra exposición-homenaje —«Tierra humana. 50 aniversario de su colección. Elogiemos ahora a hombres famosos», en la Biblioteca Nacional de Francia. Se realizaron cinco documentales con tal ocasión así como ciertos libros, que se añaden a dos obras dedicadas a él previamente: S. Devers, dir., *Pour Jean Malaurie, 102 témoignages en hommage à quarante ans d'études arctiques*, Plon, 1989; P. Auregan, *Des récits et des hommes. 'Terre humaine': un autre regard sur les sciences de l'homme*, Nathan / Plon, 2001 (aumentado en 2004). Los nuevos libros son: Jan Borm, *Jean Malaurie: un homme singulier*, La Chêne, 2005; P. Chalmin, *'Terre humaine', une anthologie*, Plon / Pocket, 2005; y el volumen de escritos sobre él dirigidos por M. Berne y J.-M. Terrasse *Terre humaine, cinquante ans d'une collection*, BNF, 2005.

COLECCIÓN DE ESTUDIOS Y TESTIMONIOS *TERRE HUMAINE*
DE JEAN MALAURIE (ÉDITIONS PLON)

1. Jean Malaurie, *Les Derniers rois de Thulé. Avec les Esquimaux Polaires, face à leur destin*, 1955, aumentado progresivamente en cinco ediciones, hasta 1989.
[*Los últimos reyes de Thule*, Barcelona, Grijalbo, 1981, t. 1. *Los esquimales del Polo*; t. 2. *Expedición al Ártico*].
2. Claude Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*, 1955.
[*Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós, 2006].
3. Victor Segalen, *Les Immémoriaux*, 1956, aumentado en 1993; or. francés, 1907 (París, Mercure).
4. Georges Balandier, *Afrique ambiguë*, 1956.
[*África ambigua*, Buenos Aires, Sur, 1967].
5. Don C. Talayesva, *Soleil hopi. L'autobiographie d'un Indien Hopi*, 1957, aumentado en 1983; or. estadounidense, 1942. Prólogo de Cl. Lévi-Strauss.
6. Francis Huxley, *Aimables sauvages. Chronique des Indiens Urubu de la forêt amazonienne*, 1960; or. estadounidense, 1956.
7. René Dumont, *Terres vivantes. Voyages d'un agronome autour du monde*, 1961.
[*Tierras vivas. Problemas de reforma agraria en el mundo*, México, Era, 1963].
8. Margaret Mead, *Moeurs et sexualité en Océanie*, 1963, I y II; or. estadounidense, 1928 y 1935.
[*Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, unido a *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Barcelona, Paidós, 1990 y 2006, respectivamente].
9. Mahmoud Makal, *Un village anatolien. Récit d'un instituteur paysan (Turquie)*, 1963, aumentado en 1985; or. turco, 1949.
10. Georges Condominas, *L'exotique est quotidien. Sar Luk (Vietnam central)*, 1966, aumentado en 1977.
[*Lo exótico es cotidiano*, Madrid, Júcar, 1991].
11. Robert Jaulin, *La mort sara. L'ordre de la vie ou la pensée de la mort au Tchad*, 1967.
[*La muerte de los sara*, Barcelona, Mitre, 1985].

SALUD MENTAL Y CULTURA

12. Jacques Soustelle, *Les quatre soleils. Souvenirs et réflexions d'un ethnologue au Mexique*, 1967, aumentado en 1982.
[*Los cuatro soles. Orígenes y ocaso de las culturas*, Madrid, Guadarrama, 1969].
13. Theodora Kroeber, *Ishi. Testament du dernier Indien sauvage de l'Amérique du Nord*, 1968, aumentado en 1987; or. estadounidense, 1961.
[*Ishi. El último de su tribu*, Barcelona, A. Bosch, 1992].
14. Ettore Biocca, *Yanoama. Récit d'une jeune femme brésilienne enlevée par les Indiens*, 1968; or. italiano, 1965.
15. Mary F. Smith y Baba Giwa, *Baba de Karo. L'autobiographie d'une musulmane haoussa du Nigeria*, 1969, aumentado en 1983; or. inglés, 1954.
16. Richard Lancaster, *Piegan. Chronique de la mort lente. La réserve indienne des Pieds-Noirs*, 1970; or. estadounidense, 1966.
17. William H. Hinton, *Fanshen. La Révolution communiste dans un village chinois*, 1971; or. estadounidense, 1966.
[*Fanshen. Un documento sobre la Revolución en una aldea china*, Barcelona, Laia, 1977].
18. Ronald Blythe, *Mémoires d'un village anglais. Akenfield (Suffolk)*, 1972, aumentado en 1993; or. inglés, 1969.
19. James Agee y Walker Evans, *Louons maintenant les grands hommes. Trois familles de métayers en 1936 en Alabama*, 1972, 3ª ed. ampliada en 2002, postfacio de B. Jackson; or. estadounidense, 1939.
[*Elogiemos ahora a hombres famosos*, Barcelona, Seix-Barral, 1993].
20. Pierre Clastres, *Chronique des indiens guayaki. Ce que savent les Aché, chasseurs nomades du Paraguay*, 1972, aumentado en 1985.
[*Crónica de los indios guayaquis*, Barcelona, Alta Fulla, 1998].
21. Selim Abou, *Liban déraciné. Autobiographies de quatre Argentins d'origine libanaise*, 1972.
22. Francis A. J. Ianni, *Des affaires de famille. La mafia à New York. Liens de parenté et contrôle social dans le crime organisé*, 1973; or. estadounidense, 1972.
23. Gaston Roupnel, *Histoire de la campagne française*, 1974; or. francés, 1932. Epílogos de G. Bachelard, E. Le Roy Ladurie, P. Chaunu, P. Adam y J. Malaurie.

24. Tewfik El Hakim, *Un substitut de campagne en Égypte. Journal d'un substitut de procureur égyptien*, Hassan, 1974; or. árabe, 1942.
25. Bruce Jackson, *Leurs prisons. Autobiographies de prisonniers et d'ex-détenus américains*, 1975; or. estadounidense. Prefacio de M. Foucault.
26. Pierre Jakez Hélias, *Le Cheval d'orgueil. Mémoires d'un breton du pays bigouden*, 1975, aumentado en 1985. Edición paralela en bretón: *Marh al orh. Envorennou eur Bigouter*, que es el n.º 27.
[*Cabalo do orgullo*, Laracha (Coruña), Xuntanza, 1993].
28. Jacques Lacarrière, *L'Été grec. Une Grèce quotidienne de quatre mille ans*, 1976, aumentado en 1993.
29. Adélaïde Blasquez, *Gaston Lucas, serrurier. Cronique de l'anti-héros*, 1976.
30. Tahca Ushte y Richard Erdoes, *De mémoire indienne, La vie d'un Sioux, voyant et guérisseur*, 1977, aumentado en 1985.
31. Luis González, *Les barrières de la solitude. Histoire universelle de San José de Gracia, village mexicain*, 1977, aumentado en 1982; or. mejicano, 1968 y 1972.
[*Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, Colegio de México, 1979].
32. Jean Recher, *Le grand métier. Journal d'un capitaine de pêche de Fécamp*, 1977, aumentado en 1983.
33. Wilfred Thesiger, *Le désert des déserts. Avec les Bédouins, derniers nomades de l'Arabie du Sud*, 1978, aumentado en 1983; or. inglés, 1959.
[*Arenas de Arabia*, Barcelona, Península, 2003].
34. Josef Erlich, *La flamme du Shabbath. Le Shabbath –moment d'éternité– dans une famille juive polonaise*, 1978; or. yiddish, 1970.
35. C. F. Ramuz, *La pensée remonte les fleuves. Essais et réflexions*, 1979; or. franco-suizo, 1927-1949. Prefacio de J. Malaurie.
36. Antoine Sylvère, *Toinou. Le cri d'un enfant auvergnat (Pays d'Ambert)*, 1980. Prefacio de P. J. Hélias y postfacio de J. Malaurie.
37. Eduardo Galeano, *Les veines ouvertes de l'Amérique latine. Une contre-histoire*, 1981, y aumentado en 1991; or. publicado en México, 1971.
[*Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, Siglo XXI, 2005].

SALUD MENTAL Y CULTURA

38. Eric de Rosny, *Les yeux de ma chèvre. Sur les pas des maîtres de la nuit en pays Douala (Cameroun)*, 1981, aumentado en 1984.
39. VV.AA. (Amicale d'Oranienburg-Sachsenhausen), *Sachso. Au cœur du système concentrationnaire nazi*, 1982.
40. Pierre Gourou, *Terres de bonne esperance. Le monde tropical*, 1982.
41. Wilfred Thesiger, *Les Arabes des marais. Tigre et Euphrate*, 1983, aumentado en 1991; or. inglés.
[*Árabes de las marismas*, Barcelona, Península, 2001].
42. Margit Gari, *Le vinaigre et le fiel. La vie d'une paysanne hongroise*, 1983, aumentado en 1989; or. húngaro, con la colaboración de Thomas Hofer.
43. Alexander Alland, *La danse de l'araignée. Un ethnologue américain chez les Abron (Côte d'Ivoire)*, 1984; or. estadounidense.
44. Bruce Jackson y Diane Christian, *Le quartier de la mort. Expier au Texas*, 1986; or. estadounidense, 1980.
45. René Dumont, *Pour l'Afrique, j'accuse. Le Journal d'un agronome au Sahel en voie de destruction*, 1986; aumentado en 1993. Epílogo de M. Rocard y una carta de J. Malaurie.
[*En favor de África, yo acuso: diario de un agrónomo en el Sahel en vías de destrucción*, Madrid, Júcar, 1989].
46. Émile Zola, *Carnets d'enquêtes. Une ethnographie inédite de la France*, 1987. Edición de H. Mitterand; prólogo de J. Malaurie.
47. Colin Turnbull, *Les Iks. Survivre par la cruauté Nord Ouganda*, 1987; or. inglés, 1972. Epílogos de J. Towles, C. Turnbull, J. Malaurie.
48. Bernard Alexandre, *Le Horsain. Vivre et survivre en pays de Caux*, 1988.
49. Andreas Labba, *Anta. Mémoires d'un lapon (Suède)*, 1989; or. sueco 1966.
50. Michel Ragon, *L'accent de ma mère. Une mémoire vendéenne*, 1989, aumentado; or. francés (París, Albin Michel), 1980.
51. François Leprieur, *Quand Rome condamne. Dominicains et prêtres-ouvriers*, 1989.
52. Robert F. Murphy, *Vivre à corps perdu. Le témoignage et le combat d'un anthropologue paralysé*, 1990; or. estadounidense, 1987. Epílogos de M. Gillibert y A.-D. Nenna.

53. Pierre Jakez Hélias, *Le quêteur de mémoire. Quarante ans de recherche sur les mythes et la civilisation bretonne*, 1990.
54. Jean Duvignaud, *Chebika*, seguido de *Retour à Chebika. Changements dans un village du Sud tunisien*, 1991; or. francés, 1968.
55. Laurence Caillet, *La maison Yamazaki. La vie exemplaire d'une paysanne japonaise devenue chef d'une entreprise de haute coiffure*, 1991.
[*La casa Yamazaki*, Barcelona, Circe, 1995].
56. Augustin Viseux, *Mineur de fond. Fosses de Lens. Soixante ans de combat et de solidarité*, 1991.
57. Mark Zborowski y Elisabeth Herzog, *Olam. Dans le shtetl d'Europe centrale, avant la Shoah*, 1992; or. estadounidense, 1951. Prefacio de Abraham Joshua Heschel.
58. Ivan Stoliaroff, *Un village russe. Récit d'un paysan de la région de Voronej. 1880-1906*, 1992; or. ruso, 1986. Con estudios de Pierre Pascal.
59. Angelo Ripellino, *Praga magica. Voyage initiatique à Prague*, 1993; or. italiano, 1973.
[*Praga mágica*, Barcelona, Seix-Barral, 2003].
60. Philippe Descola, *Les lances du crépuscule. Relations Jivaros (Haute-Amazonie)*, 1994.
61. Jean et Houguette Bézian, *Les grandes heures des moulins occitans. Paroles de meuniers*, 1994.
62. Viramma (con Josiane y Jean-Luc Racine), *Une vie paria. Le rire des asservis (Pays Tamul, Inde du Sud)*, 1995.
63. Dominique Fernandez, *La perle et le croissant. L'Europe baroque de Naples à Saint-Pétersbourg*, 1995. Fotografías de Ferrante Ferranti.
64. Claude Lucas, *Suerte. L'exclusion volontaire*, 1996. Salutación de Levinas y epílogo de J. Malaurie.
65. Kenn Harper, *Minik, L'esquimau déraciné*, 1997; or. canadiense, 1986. Prefacio de J. Malaurie.
66. Hillel Seidmann, *Du fond de l'abîme. Journal du ghetto de Varsovie*, 1998; or. hebreo y yiddish, 1946.

67. Jean Malaurie, *Hummocks*: tomo 1. *De la pierre à l'homme, Nord-Groenland; Arctique central canadien*; tomo 2. *Alaska, avec les chasseurs de baleine, Mer de Béring; Tchoukotka (Sibérie), aux origines mitiques des Inuit*, 1999.
68. Roger Bastide, *Le candomblé de Bahia (Brésil). Rite Nagô*, 2000; or. francés, 1958; Prefacio de F. H. Cardoso; introducción de J. Duvignaud y salutación de J. Malaurie.
69. Jean Cuisenier, *Mémoires des Carpates. La Roumanie millénaire: un regard intérieur*, 2000.
70. Pierre Miquel, *Les Poilus. La France sacrifiée*, 2000.
71. Anne Marie Marchetti, *Perpétuités. Le temps infini des longues peines*, 2001.
72. Patrick Declerck, *Les naufragés. Avec les clochards de Paris*, 2001. Cartas-epílogos de J. Malaurie y del autor.
[*Los náufragos. Con los indigentes de París*, Madrid, AEN, 2006].
73. Armand Pelletier e Yves Dellaporte, «*Moi Armand, né sourd et muet...*». *Au nom de la science, la langue des signes sacrifiée*, 2002.
74. Darcy Ribeiro, *Carnets indiens. Avec les indiens Urubus-Kaapor (Brésil)*, 2002; or. brasileño, 1996. Prefacios del autor y de José Pasta y salutación de J. Malaurie.
75. Dominique Sewane, *Le souffle du mort, Les Batammariba (Togo, Bénin)*, 2003.
76. Barbara Tedlock, *Rituels et pouvoirs. Avec les indiens zuñis (Nouveau Mexique)*, 2004; or. 1992.
77. Barbara Glowczewski, *Rêves en colère. Alliances aborigènes dans le Nor-ouest australien*, 2004.
78. Marie-Laure Prévost, *Victor Hugo, ethnographe*, 2005.
79. Jacques Lacarrière, *Chemins d'écriture*, 2005; or. 1988. Epílogo de J. Malaurie.
80. Pascal Dibie, *Le village métamorphosé. Révolution dans la France profonde*, 2006.
81. Y. L. Peretz, *Les oubliés du shtetl. Yiddishland*, 2007, or. yiddish, 1892 (*Cuadros de un viaje en provincias*). Prólogo de J. Malaurie; estudios de N. y M. Weinstock.